

EL JUEGO DE DIOS

Autora: **Rosa Villada**

Ilustración de cubierta: **Sergio Bleda**

Fotografía: **Violeta Domingo**

Coordinación editorial: **Miguel Ángel Aguilar**

Primera edición: 15 octubre 2008

© de los textos: Rosa Villada Casaponsa, 2006

© de la ilustración de portada: Sergio Bleda Villada, 2008

© de la fotografía de cubierta: Violeta Domingo Villada, 2008

© del diseño y de esta edición: Quevayanellos.com, 2008

ISBN: 978-84-612-6126-0

Depósito legal: AB-399-2008

Todos los derechos reservados. Queda expresamente prohibida la reproducción, transformación, comunicación pública, distribución y/o registro de este libro, ni en todo ni en parte, por ninguna forma o medio, inventado o por inventar, sin permiso previo y documental de el/los autor/es

Edita

Ediciones Que Vayan Ellos

www.quevayanellos.com

producciones@quevayanellos.com

EL JUEGO DE DIOS

Rosa Villada

QUE VAYAN ELLOS *ediciones*

COLECCIÓN *Éramos tan felices...*



A mis hijos, Sergio, Ana y Violeta

*En memoria de todas las personas
que han sufrido tortura y muerte
a lo largo de la historia*

“Cada brizna de hierba tiene su ángel
que se inclina sobre ella y le susurra:
crece, crece”.

Talmud

“Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio”.

Cántico Espiritual
Juan de la Cruz

“Nada te turbe, nada te espante
todo se pasa, Dios no se muda
la paciencia todo lo alcanza.
Quien a Dios tiene, nada le falta,
Sólo Dios basta”.

Teresa de Jesús

Capítulo I

MI VIDA ESTÁ EN PELIGRO. La Inquisición puede condenarme y quemarme en la hoguera. Sé que van a matarme. Tal vez por eso, por sentir la proximidad de la muerte, es por lo que experimento esta necesidad imperiosa de narrar mi vida. O quizás debería decir de narrarme, como si al poner por escrito mis vivencias, mi existencia cobrase un sentido que de otra forma no tendría.

Siempre he sido una persona apasionada. Mi nombre es Valentina del Valle. Soy una beguina. Una mujer que no se ha sometido a ninguna autoridad, salvo a la que me ha dictado mi conciencia. Moriré como beguina, y me enorgullezco de ello.

Sé que vida y muerte no son más que las dos caras de una misma moneda, y que cuando deje esta Tierra encontraré otros mundos en los que mi esencia seguirá experimentando a través de otros ciclos y otras vidas. En estos momentos estoy tranquila y no tengo miedo.

No siempre mi espíritu ha gozado de la serenidad de la que ahora goza. Al contrario, la vida que me propongo relatar en estos últimos momentos de mi

existencia ha estado marcada por sufrimientos, dudas y tribulaciones. Aunque también por muchos momentos de amor y de intensa alegría.

Me llaman Valentina del Valle, porque nací en un valle de la tierra de Castilla, en la zona conocida como las Merindades. Mi alumbramiento se produjo en el Año del Señor de 1297. A las 5 de la tarde del día 31 de diciembre. La alegría de mi llegada al mundo sólo duró unas horas, pues pronto se convirtió en tragedia.

Mi madre murió de unas fiebres el mismo día en que yo vi la luz, y sus ojos no pudieron contemplar el rostro de su hijita. Mi padre quedó desolado y, según me contaba de niña mi aya Aurora, arrastró su luto y su pena durante tres años, sin querer darse por enterado de que tenía una hija de la que ocuparse.

Fue mi aya, que ya servía en la casa de mis padres antes de mi nacimiento, la que se encargó de mi crianza, mientras mi padre se limitaba a observarme, siempre de lejos, sin querer dar ninguna muestra de cariño hacia mi persona. Pero su actitud hacia mí cambió el día en que estuve a punto de morir.

Yo no lo recuerdo, claro, pero mi aya me lo contaba tantas veces cuando era niña, que al representarlo en mi imaginación, es como si lo hubiera vivido en multitud de ocasiones y formase parte de mis recuerdos infantiles. Este suceso, que marcó un antes y un después en la relación con mi padre, me

EL JUEGO DE DIOS

acercaba tanto a él que continuamente pedía a aquella buena mujer que me crió que me lo relatara.

—¿Qué pasó aquel día cuando me puse tan mala que estuve a punto de morir? —le preguntaba con un brillo malicioso en la mirada.

Mi aya se hacía un poco de rogar, me respondía que ya me lo había contado muchas veces, que la dejase en paz, que estaba muy ocupada. Pero yo sabía que acabaría contándomelo otra vez y que sus palabras arroparían mi alma infantil como calienta el fuego en una fría noche de invierno.

Fingiéndome resignación, el aya Aurora comenzaba su relato:

—Tú estabas jugando con la tierra en la puerta de casa, cuando de pronto empezaste a gritar y a revolcarte por el suelo. Todos los que estábamos cerca acudimos corriendo para ver qué te pasaba.

—¿Y mi padre? —preguntaba yo por si ella se olvidaba de la parte más importante del relato.

—Sí, tu padre, que había oído los gritos, dejó todo lo que estaba haciendo —añadía, poniendo énfasis en estas últimas palabras—, y corrió hasta donde tú te encontrabas...

—Y me cogió en brazos y me llevó dentro de la casa —la interrumpía yo con impaciencia.

—¡Eso fue después! —protestaba mi aya—. ¿Lo cuento yo o lo cuentas tú? —decía fingiendo enfadarse conmigo.

Yo le hacía un gesto con la cabeza para que continuara, y ella proseguía su relato.

—Todos estábamos asustadísimos...

—¿Y mi padre? —volvía yo a preguntar.

Como si no me hubiera oído, mi aya seguía hablando:

—Estábamos asustadísimos porque aquella forma de gritar no era humana, y a pesar de que sólo tenías tres años, pataleabas con una rabia y una fuerza impropia de tu edad. Alguien dijo que quizá estabas endemoniada, y de pronto, pusiste los ojos en blanco, tu cuerpo sufrió una gran convulsión y dejaste de moverte. Te quedaste quieta, tesa como una tabla, como si estuvieras muerta. ¡Menudo susto!

—Entonces... —la alentaba yo a seguir.

—Entonces —continuaba, resignada—, entonces fue cuando tu padre te cogió en brazos y te llevó a su cama. Te pusimos un espejo junto a los labios, y comprobamos con alivio que aún respirabas. Yo fui corriendo a avisar a la curandera.

—¿Y qué pasó después? —preguntaba con impaciencia, porque llegaba la parte del relato que más me gustaba.

El aya Aurora hacía en estos momentos una teatral pausa, y se santiguaba tres veces con rapidez, como para ahuyentar al maligno. Luego proseguía.

—A pesar de que seguías respirando, creíamos

EL JUEGO DE DIOS

que estabas muerta porque pasaban las horas y no despertabas. La curandera dijo que sólo tu cuerpo vivía en la tierra, pero que tu alma se había ido al más allá, y si se encontraba allí a gusto, tal vez no quisiera volver. Entonces trajo un montón de hierbas que al quemarlas desprendían un fuerte olor, y te untó el pecho con un unguento apestoso, para obligar a tu alma a regresar al cuerpo... Al menos eso era lo que ella decía.

—¿Y mi padre, qué decía?

Al llegar a este punto de la narración, mi aya cambiaba el tono de voz, y con la modulación más dulce que podía, me decía lo que yo realmente quería escuchar.

—Tu padre no dejaba de llorar y de rezar. Se lamentaba diciendo que todo aquello era un castigo divino, debido al poco caso que él te había hecho desde tu nacimiento. Con gran devoción pedía a Nuestro Señor Jesucristo que no te llevase, como se había llevado a tu madre, que te dejase aquí en la Tierra, y que si lo hacía, él te dedicaría toda su atención, y te daría todo su cariño, además de una educación cristiana, hasta que al llegar a una edad apropiada, te entregase al servicio de Dios en un convento. Así le oí cómo lo juraba.

—Y no se separó de mi cama, ¿verdad? —preguntaba yo agrandando mis ojos negros.

—Así es. Durante tres días con sus tres noches, tu

padre estuvo contigo a la cabecera de la cama, y ni siquiera salió de la habitación para comer. Pasado ese tiempo, tú despertaste, como si regresaras de un largo sueño y dijiste: “Tengo hambre”.

Esta frase, con la que finalizaba el relato, provocaba siempre una intensa alegría en mi interior, y una carcajada que era secundada por mi aya. Quien siempre añadía, antes de pedirme que la dejara seguir con sus faenas, “y desde entonces no has parado de comer”.

MI INFANCIA Y mi adolescencia estuvieron siempre marcadas por este relato. Yo buceaba en mi interior tratando de saber dónde había estado mi alma durante esos tres días en que abandonó mi cuerpo. En una ocasión, mi padre me dijo que había subido al cielo y había estado allí con mi madre. Que ella me había reclamado, al menos ese tiempo, al no haber podido estar conmigo aquí en la Tierra después de mi nacimiento.

Aquella explicación me dejó un tanto perpleja. Por una parte me halagaba que mi madre muerta siguiera pensando en mí. Por otro lado, me asustaba un poco el hecho de que aquella mujer desconocida que me había llevado en su vientre pudiera reclamarme a su antojo, desde el más allá, y retenerme allí con ella, sin que mi voluntad pudiera intervenir para nada.

EL JUEGO DE DIOS

La perspectiva de que mi cuerpo inerte volviera a quedarse en la Tierra, mientras mi alma vagaba por otros mundos sin que yo ejerciera ningún control sobre ello, era una hipótesis que me llenaba de temor y que, en cierta manera, ensombreció la buena imagen de mi madre que siempre trataba de inculcarme mi padre.

¿Qué derecho tenía ella a reclamar mi alma, por mucho que me hubiera llevado en su seno, sin preguntarme si yo quería ir hasta donde estaba? ¿Y si en algún momento quería que me quedase para siempre con ella? Estas preguntas me torturaron durante mucho tiempo, pero nunca me atreví a verbalizarlas.

Mi padre siempre me decía que la vida no nos pertenece, que Dios nos la da y Dios nos la quita, pero ¿cómo podía influir mi madre en lo que decidía ese Ser Supremo y llevar mi alma de aquí para allá a su antojo?

Estos pensamientos dejaban en mi interior el peso de una gran culpa. A veces, ésta me atormentaba tanto que yo procuraba ayunar —diciendo que no tenía hambre— o me infligía algún castigo corporal para redimirme de aquellos malos pensamientos sobre mi madre.

Cuando contemplo, con la experiencia y el paso de los años, aquella época que tanto marcó mi vida, lo que más lamento es no haber sabido las cosas que

sé ahora. Pero claro, si las hubiera sabido no habría tenido necesidad de pasar por todas las vivencias que he pasado, y Valentina del Valle no habría tenido razón de ser.

Lo que me pregunto en estos momentos en que me acecha la muerte es si toda la experiencia que he obtenido en esta vida me servirá para no caer en los mismos errores, cuando vuelva a vestir otro traje de carne, con otro rostro, con otro nombre, en la piel de otro personaje, con otra historia.

Tal y como juró mi padre tras aquel extraño suceso de mi infancia, él se dedicó a mi educación en cuerpo y alma, hasta que llegara el momento en que yo pudiera entrar en un convento para dedicar mi vida a Dios.

A ese mismo Dios que, atendiendo sus oraciones y sus súplicas, había permitido que mi madre soltase mi alma, para que ésta pudiera regresar al cuerpo que esperaba inerte en la tierra, y con los años consagrarle a Él toda mi existencia.

En ningún momento me preguntó mi padre si yo estaba conforme con el futuro que había elegido para mí. Tampoco yo cuestioné nunca que mi vida estuviera destinada a ser otra cosa que monja. Una monja de clausura, recluida en un convento, dedicada a la oración, a la contemplación, a la lectura de los textos sagrados y a llevar una existencia de pobreza, obediencia y castidad.

EL JUEGO DE DIOS

Poco sabía entonces mi padre, ni yo misma, que el destino me tenía reservado un camino distinto del que él había previsto. Los hilos de la existencia van tejiéndose y destejiéndose, en función de fuerzas que no podemos controlar, hasta formar un tapiz cuyas formas y colores tienen poco que ver con el dibujo inicial que imaginamos.

¿O quizás no es así? ¿No seremos nosotros mismos los artífices de nuestra propia existencia, sin que intervenga esa fuerza, aparentemente incontralada, que llamamos destino?

Ahora, en el umbral de mi muerte, cuando está a punto de caerse el velo de la ilusión, creo que la vida no es más que un juego; la representación teatral de unos personajes con arreglo a un guión que nuestra parte divina eligió en otro lugar y en otro momento, más allá del espacio y del tiempo que conocemos.

Pero no adelantemos acontecimientos; para llegar al punto donde me encuentro en estos momentos, queda aún mucho camino por recorrer. Vayamos paso a paso, pues la vida que tanto ha costado vivir merece cierto detenimiento y reflexión a la hora de narrarla. Antes de mi llegada al convento de Santa Clara de Medina de Pomar, aún merecen reseñarse vivencias que marcarían mi futuro.

Aunque nunca lo dijo, yo notaba que a mi padre le hubiera gustado tener un hijo varón, en lugar de una hija. No tengo ninguna duda de que esta cir-

cunstancia, afortunadamente para mí, influyó en la educación que me dio y en las cosas que me enseñó, “antes de entregarme a Dios”, como siempre me recordaba.

Mi padre, Diego de Aranda, era copista y calígrafo. Su trabajo consistía en reproducir los libros sagrados, copiándolos. Cuando lo hacía, tenía que dejar espacios en blanco porque, una vez terminados los trabajos de escritura, les correspondía a los iluminadores dibujar las miniaturas y las ilustraciones del libro.

Los copistas eran habitualmente monjes. Mi padre era uno de los pocos laicos que entonces se dedicó a esta tarea. De recién nacido, fue abandonado a las puertas del convento de San Francisco, en Medina de Pomar. Allí vivió hasta que se concertó su boda con mi joven madre, hija única de un comerciante de la localidad.

Educado por los monjes franciscanos en la austeridad y la fe cristiana, mi padre se crió entre códices y pergaminos, correteando de niño por el Escritorio. Aprendió el duro oficio de copista y calígrafo, que desarrollaba con auténtica vocación, entrega y veneración.

Esta dedicación propició que poco a poco perdiera la vista, quedándose totalmente ciego en los últimos años de su vida. Me correspondió a mí, su única hija, cuidarlo hasta que cerró los ojos definiti-

EL JUEGO DE DIOS

vamente. Yo tenía 17 años, y fue entonces, a su muerte, cuando entré como novicia en el convento de Santa Clara.

¿Pude no haberlo hecho? Es posible. Mi padre, que había jurado entregarme a la vida monástica, estaba muerto. En ningún caso hubiera podido pedirme explicaciones por no haber hecho lo que él tenía previsto para mí.

Mentiría si dijera que no se me pasó por la cabeza desobedecerle. Pero fue un pensamiento efímero, que en ningún caso tomó cuerpo en mi mente. De hecho, si la ceguera de mi padre no me hubiera retenido a su lado en los últimos años de su vida, yo habría ingresado antes en el Convento de Santa Clara, la orden femenina de los franciscanos, donde él fue acogido y criado.

Mi padre me educó en los ideales de los Hermanos Menores, como se llamaba a los seguidores de San Francisco de Asís. En la pobreza, la oración y en el desprecio hacia las cosas materiales. El ejemplo a seguir era el de la fundadora de la que un día sería mi orden, Santa Clara, que había renunciado al mundo y a los placeres de los sentidos, para entregarse en cuerpo y alma a Nuestro Señor Jesucristo.

Mi padre dispuso que todas sus pertenencias pasaran a manos de la orden de San Francisco y Santa Clara, estableciendo una dote para el conven-

to en el que yo ingresaría. Cuando fue enterrado, a los tres días de fallecer, yo sólo disponía de la ropa que llevaba puesta y unas pocas pertenencias personales que cabían en un hatillo.

Sin embargo, mi padre me dejó una herencia mucho más importante que los bienes materiales. Siendo muy niña me enseñó a leer y a escribir. Cuando cumplí siete años me regaló mi primera pluma. Una pluma de oca, ya gastada, que le pertenecía. Con ella, me regaló pergamino y tinta y, ese mismo día, me empezó a enseñar el oficio de copista.

Nunca olvidaré la felicidad que experimenté en esos momentos cuando me dio su regalo y, en el pergamino ya usado, que había raspado convenientemente para poder utilizarlo de nuevo, puso ante mí un texto sagrado para que yo lo copiara.

Desde que tengo uso de razón, recuerdo que mi padre me llevaba con él al Escritorio que compartía con los monjes, en el convento de San Francisco. A mí me gustaba aquel lugar más que ningún otro que conociera, y siempre le estaba pidiendo que me llevara de nuevo.

No era sólo por el hecho de que todos los monjes me mimaban, sino porque me enseñaban libros enormes y distintos códices, que yo miraba con verdadera admiración. Mi padre hacía que me detuviera, principalmente, en las páginas bellamente ilumi-

EL JUEGO DE DIOS

nadas, en las miniaturas enriquecidas con oro. Pero lo que llamaba mi atención infantil no era el colorido ni la forma de las ilustraciones, eran las letras.

Podía quedarme extasiada durante varios minutos, contemplando las formas de aquellas letras. Para mí no eran signos muertos, sino símbolos dotados de alma, que se dirigían a mí y me hablaban. Desde la más grandiosa gótica capitular, hasta la más modesta minúscula carolingia, todas las letras danzaban ante mis ojos y me comunicaban un saber que yo no sabía traducir a palabras, pero que recalaban y me reconfortaban en algún lugar de mi interior.

Ese lenguaje secreto que compartía con las letras, más allá de los sonidos que emitía mi garganta al pronunciarlas, hacía que yo las valorase más que a las extraordinarias imágenes de las páginas iluminadas con los colores del oro, la plata o el lapislázuli.

Desde pequeña, había pedido a mi padre que me enseñase el oficio de copista, y se lo agradecí cuando empezó a hacerlo a mis siete años. Aquella pluma de oca que me regaló se convirtió en mi mayor tesoro y en una de mis pocas pertenencias, junto con el frasco de tinta, el pergamino y el raspador, que llevé conmigo al ingresar en el Convento.

Esa fue mi auténtica y preciada herencia. Mi padre también me enseñó a leer y a traducir el latín, para que comprendiera lo que estaba copiando. Sin

embargo siempre me advertía que el buen copista no es un creador ni un escribano, sino que se limitaba a reproducir lo que otros habían escrito.

Me recordaba que la mayoría de los calígrafos ni siquiera sabían leer y, por tanto, no sabían lo que estaban copiando:

—Nosotros somos unos privilegiados —añadía—; sabemos lo que estamos copiando, entendemos las palabras, pero no podemos modificarlas.

Yo me rebelaba siempre cuando le escuchaba decirme esto.

—¿Por qué no podemos modificarlas? ¿Ni siquiera cuando están mal expresadas y no se comprende bien lo que dicen?

—¡Claro que no, Valentina, te lo he dicho mil veces! —respondía mi padre enfadado—. Si no me haces caso, algún día vas a tener un disgusto por intentar cambiar lo que estás copiando.

Cuando llegábamos a este punto de la discusión, yo solía callarme y obedecerle. Aunque no entendía por qué no se podía mejorar algo que estaba mal escrito. En una ocasión, me atreví a ir más lejos y di voz a aquello que siempre rondaba mi cabeza, pero me daba miedo preguntar... Tal vez porque en el fondo conocía la respuesta de mi padre, como así fue.

—¿Y si escribo algo que quiera yo decir, en lugar de copiar lo que dicen otros?

EL JUEGO DE DIOS

Nada más expresar mi pregunta, me arrepentí inmediatamente de haberlo hecho. Nunca había visto tanta ira reflejada en la cara de mi padre. Era tan intensa que, supongo, él mismo se asustó de tener esos sentimientos hacia su amada hija. Tardó unos instantes en responder. Después, intentando aparentar una calma que seguramente no sentía, me dijo:

—Las mujeres no escriben. No tienen nada que decir...

—¡Pero...! —intenté protestar.

—¡Las mujeres no tienen nada que decir —continuó, cada vez más alterado— porque no tienen ideas propias! Tú serás monja, Valentina, dedicarás tu vida a la oración y a servir a Nuestro Señor... Que Dios me perdone por haberte enseñado a leer y a escribir —añadió con un tono de arrepentimiento en la voz—. Ahora ya no tiene remedio, no te voy a privar de lo que yo mismo he puesto a tu alcance, no sería justo. Pero el día que ingreses en el Convento, te olvidarás para siempre de todo lo que has aprendido, y pluma, tinta y papel se quedarán conmigo.

Nunca más volví a expresar mis deseos de escribir por cuenta propia. Me limitaba a copiar en mi casa lo que mi padre me traía. Las letras seguían danzando para mí, y a veces me hablaban en sueños como si fueran entidades vivas. Me contaban historias y yo encerraba todo su mundo en mi imaginación, sin hablar de ello con nadie.

Después de enterrar a mi padre y prepararme para ir al Convento de Santa Clara, que estaba fuera de las murallas de la ciudad, tuve un rato en la mano mi querida pluma de oca. ¿Debía obedecer a mi padre y dejar atrás todos los utensilios de escribir para entrar en mi nueva vida?

Dudé un rato mientras las lágrimas acudían a mis ojos. Mi padre acababa de morir, y yo ya estaba desobedeciendo su voluntad. Sentía un conflicto interior muy fuerte, que me llenaba de pena y creaba en mi interior un gran complejo de culpa.

Finalmente, no pude hacerlo: envolví la pluma con cuidado en un trozo de tela, metí en un frasco de cristal la tinta que me quedaba, cogí el raspador y los pergaminos usados que tenía, y los introduje en el hatillo que constituía todo mi equipaje.

Cuando dejé la casa que había sido mi hogar, una parte de mí seguía hurgando en la herida abierta. Me reprochaba mi comportamiento. Me parecía oír una voz que me decía: “Vaya forma de empezar tu vida religiosa. No has podido desapegarte de tus escasos bienes materiales, has desobedecido a tu padre. ¿Esos son los votos que vas a jurar cumplir?”

Por otro lado, y a pesar de estos pensamientos que me atormentaban, algo dentro de mí hacía que me sintiera dichosa y feliz por no haber renunciado a mis útiles de escritura. Decidí prestar atención a estos sentimientos, y una sonrisa se dibujó en mi

EL JUEGO DE DIOS

rostro. Respiré profundamente y caminé con paso decidido hasta el convento de Santa Clara. Poco habría de durarme la alegría.